

# LA EXPANSIÓN MEDITERRÁNEA DE LA CORONA DE ARAGÓN DURANTE LOS SIGLOS XIII Y XIV

Mario ORSI LÁZARO  
Licenciado en Historia

Cuando el Instituto de Historia y Cultura Naval me hizo llegar, a través de mi directora de tesis doctoral, la doctora Roser Salicrú, la invitación a impartir esta conferencia y participar en estas jornadas, acepté encantado, considerando la oportunidad que suponía compartir mi principal línea de investigación con una institución y un público a los que solo me había acercado en calidad de lector o visitante del Museo Naval. Sin embargo, tras algunos momentos de reflexión, me di cuenta de lo complejo de la petición y del desafío que esta representaba, pues el título identificaba tal cantidad de realidades históricas, distintas cronologías y temas de estudio que, en realidad, iba a exigir un draconiano trabajo de síntesis.

Por ello, considerando que existen numerosos trabajos de síntesis de los hechos históricos de la expansión mediterránea de la Corona de Aragón, la mayoría de ellos accesibles para el gran público, esta intervención evitará centrarse en la descripción de episodios y conflictos concretos. En cambio, se ha optado por dar prioridad a las estructuras socioeconómicas y a las prácticas bélicas que permitieron a la Corona de Aragón expandir sus fronteras por el Mediterráneo, más allá de los límites geográficos de las principales costas y, de hecho, más lejos de lo que sus capacidades demográficas y económicas parecían permitir.

## **El contexto: la guerra en Europa y en el Mediterráneo en la baja Edad Media**

En la invitación inicial para impartir esta conferencia se acotó el tema dirigiéndolo, como es lógico en esta sede, hacia los aspectos navales de la expansión catalanoaragonesa. Para comprender el modo de proceder de los monarcas de la casa de Aragón en su política militar en el Mediterráneo, es necesario sin embargo describir brevemente el funcionamiento básico de las sociedades mediterráneas medievales cuando entraban en guerra, y el modo en que la estrategia y las operaciones se plasmaban en hechos históricos.

La primera consideración que deberíamos tener en cuenta para contextualizar las guerras medievales es, sin duda, la superación del viejo tópico de la decadencia y oscuridad de la Edad Media, fuertemente arraigado en el análisis de las guerras de ese tiempo. Dado que cada guerra es hija de la sociedad que la produce, el mundo medieval, que se organizaba en estructuras más pequeñas y descentralizadas que las monarquías absolutistas y los Estados modernos, generaba una menor cohesión interna en los ejércitos y flotas de los reinos feudales. Sin embargo, los métodos utilizados por las gentes de guerra estaban adaptados para optimizar las capacidades de cada una de las pequeñas unidades políticas (linajes nobiliarios, ciudades, órdenes militares), vertebrándolas en una estrategia coherente que generaba operaciones y tácticas eficaces. Veámoslas, pues, para poder entender el modo en que los monarcas de la casa de Aragón llevaron a cabo su expansión mediterránea.

El control del territorio partía de la posesión de su fortificación principal, que solía ser el centro político, económico y religioso de la región circundante. Puesto que la tecnología militar de la época era mucho más eficiente en la construcción de fortificaciones que en su destrucción, cualquier castillo o ciudad amurallada tenía grandes capacidades defensivas.

Con frecuencia, la única opción de un atacante era sitiar la fortaleza hasta rendirla por hambre, pero si esta estaba bien abastecida había que desgastar primero —en ocasiones durante años— sus capacidades económicas. Esta guerra de desgaste económico y asedios también tenía su reflejo en el ámbito naval. La destrucción del comercio marítimo enemigo y la conquista de sus puertos clave respondía, en las zonas costeras, a un esquema paralelo de guerra de desgaste económico, previo al ataque a la fortificación principal de la región, como base para la expansión territorial.

## Una monarquía feudal

Para entender la expansión mediterránea de la Corona de Aragón es preciso empezar definiendo su composición política, los diferentes reinos y lenguas que la componían y el modo en que unos y otros se unían para servir, siempre a cambio de una compensación, a las ambiciones de expansión territorial de su monarca.

La Corona de Aragón podría considerarse sinónimo de la señoría del rey de Aragón. No era, por lo tanto, un reino —como erróneamente se piensa, confundiéndola con el reino homónimo—, ni tampoco una confederación, dado que los distintos reinos reconocían a la misma persona como señor pero no estaban políticamente unidos y negociaban sus relaciones con él por separado. La documentación, cuando no cita todo el listado de títulos del monarca, le denomina *senyor rey* o *rey d'Aragó*, como forma apocopada para denominar a un señor que, siendo poseedor de varios títulos (conde de Barcelona, rey de Valencia, de Cerdeña...), se conocía por el más prestigioso y antiguo de ellos. De esta manera, la expansión de esa *terra e senyoria del rei d'Aragó*, también denominada así en latín (*terra et dominicatura domini regis Arago-*

num), respondía, en última instancia, a la política de crecimiento patrimonial de un linaje, y no a los proyectos imperialistas de una nación o un reino ni a la expansión económica y mercantil de una clase social. La expansión hacia los mercados italianos, norteafricanos y orientales de los mercaderes y navegantes catalanes — nombre dado a todos los súbditos del rey de Aragón por sus aliados, competidores y enemigos en el Mediterráneo medieval— fue un proceso distinto de las conquistas políticas, territoriales y militares que ocupan esta conferencia. Es indudable que ambos procesos fueron paralelos y estuvieron interconectados, pero para analizar los aspectos militares y navales de dicha expansión hay que centrarse, principalmente, en las estructuras sociopolíticas y prácticas operativas que servían para alimentar y ejecutar las guerras de la casa de Aragón en el Mediterráneo.

### **Debilidad cuantitativa y ventaja cualitativa: estructuras militares**

El análisis de las capacidades de la casa de Aragón en el contexto del Mediterráneo medieval debe empezar subrayando una de sus características fundamentales: los reyes de Aragón no poseían un gran patrimonio ni unas finanzas especialmente saneadas. Desde los tiempos del estallido de las primeras revueltas feudales (siglo XI), tanto el conde de Barcelona como el rey de Aragón tuvieron en sus reinos un escaso acceso a las rentas y recursos económicos del territorio, muy controlado por la nobleza y las grandes instituciones eclesiásticas. La unión de ambas señorías y las posteriores conquistas a costa del Islam peninsular llevaron a los reyes de Aragón a gobernar varios reinos de gran dinamismo económico pero, de entre la multitud de señorías feudales en que estaba dividido cada uno de ellos, solo unos pocos quedaban dentro del patrimonio directo del rey. Por todo ello, la expansión territorial de la Corona de Aragón quedó marcada por dos características.

En primer lugar, dado que las distintas formas de servicio militar obligatorio de los súbditos del rey estaban restringidas a acciones defensivas en sus reinos de origen, cualquier campaña militar en el Mediterráneo debía realizarse contando con tropas voluntarias y asalariadas. Debido al reducido patrimonio del linaje regio, estas campañas habían de pagarse con los donativos de Cortes y Parlamentos de cada reino —cuyas élites solo votaban su aceptación a cambio de contrapartidas políticas— o enajenando el ya escaso patrimonio del monarca.

En segundo lugar, si se tienen en cuenta las principales guerras en que se vio envuelta la Corona de Aragón en los siglos XIII y XIV, se puede ver que la mayoría de sus principales enemigos (la monarquía francesa, los Anjou, la Santa Sede, Pisa, Castilla o Génova) disponían de muchos más recursos materiales para alimentar sus empresas bélicas. Este hecho tuvo grave impacto en las capacidades de los reyes aragoneses para mantener guerras prolongadas contra enemigos que podían movilizar ejércitos y flotas mucho más numerosos durante mucho más tiempo. Las opciones de planificación estratégica y operacional siempre topaban con un techo en el número de tropas y en su tiempo de servicio.

Esta limitación cuantitativa y la constante necesidad de pactar las ayudas económicas a la guerra marcaron la política exterior de los reyes de Aragón. La intensidad bélica en ciertos períodos y la organización de las conquistas, de su reparto y de la estructura institucional de las unidades políticas resultantes fueron consecuencia de los distintos ciclos de la negociación con las élites de cada reino, de la gestión de impuestos y de la situación del patrimonio regio. De esta manera, podríamos dividir la expansión mediterránea de la Corona de Aragón en tres fases fundamentales.

Una primera fase que alcanzó los primeros puntales de la futura expansión marítima, aproximadamente entre 1228 y 1282. Con la consolidación en el trono de Jaime I, llegaron las conquistas de Mallorca y Valencia, que completaron la expansión peninsular de la Corona. En estas conquistas aún se atraía a los combatientes mediante el reparto del botín y de los nuevos territorios. Sin embargo, debido a la larga duración de las campañas y a su lejanía de los puntos de origen de los combatientes, también empezaron a organizarse distintos métodos de servicio armado a la Corona, tanto voluntario como remunerado, gracias a los primeros impuestos generales votados en cada reino por las respectivas Cortes.

Durante el reinado de Pedro el Grande se inició una segunda fase, en la que los métodos para financiar ejércitos y armadas y mantener y abastecer tropas en campañas largas y lejos de los reinos cismarinos de la Corona de Aragón evolucionaron considerablemente. Tomando como referencia el estallido de la guerra de las Vísperas Sicilianas (1282) y como punto final la muerte de Pedro el Ceremonioso (1387), encontramos una fase de máxima expansión de las fronteras y las capacidades militares de la casa de Aragón. Esta etapa se inició con las conquistas de Sicilia, los ducados de Atenas y Neopatria y Cerdeña, y tuvo su punto álgido en las guerras con Castilla, Génova y los rebeldes sardos del judicato de Arborea. Este período supuso la definitiva expansión de la Corona de Aragón en el Mediterráneo centrooccidental, que fue posible gracias a la estatalización y profesionalización del servicio militar a la Corona y a su financiación a través de la negociación pactista con Cortes y Parlamentos de cada reino. Estas capacidades materiales, muy inferiores a las de los rivales de la Corona, fueron suficientes para mantener su posición en el Mediterráneo. Sin embargo, durante el reinado de Pedro el Ceremonioso, la monarquía agotó todas las concesiones que podía ofrecer a nobleza y patriciado urbano a cambio de su apoyo en Cortes, así como el patrimonio regio, mayoritariamente en manos de acreedores. De este modo, en los últimos años del siglo XIV la expansión quedó paralizada, incluso amenazada en alguno de sus puntos más conflictivos, como Cerdeña, y las rutas de navegación que la sostenían fueron gravemente castigadas por el corso genovés y el norteafricano.

A finales del siglo XIV, y ya iniciado el cuatrocientos, la monarquía logró rehacer parcialmente su situación financiera y, aprovechando la escasa estabilidad local de sus rivales en Sicilia y Cerdeña, pudo apuntalar definitivamente sus posiciones en ambas islas. La reintegración final de estas posesiones — mucho más relevante que la pérdida de los ducados de Atenas y Neopatria—

supuso la consolidación definitiva de la posesión de la Corona y el punto máximo de su ciclo de expansión política, así como el inicio de una nueva fase de gestión de la guerra. Esta siguió llevándose a cabo por personal muy cercano a la clientela feudal del monarca, que empezó a financiarla mediante impuestos propios —fundamentalmente procedentes de Sicilia, gestionados por gentes de su casa sin negociar con las élites del reino— y nuevas redes de crédito privado. Solo con la llegada de los Trastámara y las conquistas napolitanas de Alfonso el Magnánimo se inauguraría un nuevo ciclo expansivo de la Corona de Aragón, pero estos hechos exceden del alcance y la cronología que nos ocupan, por lo que remitimos a la bibliografía adjunta.

Es bien sabido que las posibilidades militares de un reino o Estado dependen directamente, entre otros muchos factores, de los recursos materiales y financieros que puedan dedicar a ellas. Cuando tanto hemos insistido en las limitadas capacidades materiales —ante todo en comparación con sus vecinos y rivales— del linaje de los reyes de Aragón, sorprende que este alcanzara una expansión política y territorial de tanta envergadura. Ante las limitaciones cuantitativas mencionadas, la única explicación se encuentra en unas notables ventajas cualitativas, que procedemos a describir.

La principal ventaja cualitativa de las armas de la casa de Aragón se podría sintetizar, con muchos matices, en cuatro palabras clave: «diversidad», «frontera», «reclutamiento» e «integración». Los condicionantes específicos de los territorios cismarinos de la Corona de Aragón generaron una sociedad feudal de características muy particulares, en la que la relación del monarca con la Iglesia, la nobleza y las ciudades se vio modificada por factores geográficos y estratégicos únicos.

De este modo, en los ejércitos que conquistaron Sicilia, Cerdeña, Atenas y Neopatria había, como en cualquier fuerza similar en el Occidente mediterráneo, caballería e infantería pesadas, propias de la tradición guerrera de toda la Europa feudal. Las fuerzas de caballería, reclutada a través de las comitivas y clientelas de nobles y caballeros, así como de infantería, armada con lanzas y ballestas y proporcionada por ciudades y villas, de jurisdicción tanto regia como señorial, formaban la columna vertebral de las fuerzas del rey, pero se complementaban con otras tropas únicas en el contexto del Mediterráneo. Cabe destacar los caballeros *alforrats* o a la jineta —provistos de caballos ligeros, jabalinas, estribos cortos y sillas abiertas—, o los famosos almogávares, especializados en labores de reconocimiento, infiltración e infantería ligera, pero capaces de afrontar cualquier situación de combate. Fruto de la particular circunstancia de colindar en la frontera meridional con el sultanato de Granada, formaban unidades más ligeras y flexibles que las que solían verse en el resto de Europa, gracias a la constante movilización militar de las áreas de la frontera meridional del reino de Valencia y a la adopción de tradiciones guerreras norteafricanas.

Respecto a la guerra en el mar —que, no lo olvidemos, en esta cronología incluía con frecuencia la integración de tropas de tierra en los barcos, incluso como dotación para complementar su capacidad de combate—, conviene

subrayar que, pese a que los medios navales a disposición de los reyes de Aragón fueron siempre inferiores a los de sus rivales, las ciudades costeras de su señoría (Barcelona, Valencia y Mallorca ante todo) proporcionaban marinos expertos y barcos e infraestructuras de construcción naval de gran calidad. Las ciudades costeras lo hacían individualmente, en virtud del pacto con la monarquía, pero con el tiempo sus esfuerzos empezaron a coordinarse con Cortes y Parlamentos y con mandos de la casa real y ordenanzas emanadas de ellos.

Este conjunto de capacidades no solo permitía a los reyes aragoneses desplegar escuadras relativamente cercanas al estándar de las potencias mediterráneas, sino que también les daba la opción de movilizar ejércitos numerosos en cualquier costa del Mediterráneo central, dado que la movilización —forzosa en ocasiones— de barcos mercantes otorgaba a los oficiales regios una considerable capacidad logística y de transporte. Sin embargo, en el siglo XIII y la primera mitad del XIV, estas flotas tenían una clara división funcional: las labores de combate las realizaban fundamentalmente las galeras y otros barcos de remos auxiliares, mientras que los barcos redondos se reservaban para tareas exclusivamente de transporte. Sin embargo, los reyes de Aragón, y ante todo sus oficiales y consejeros dedicados a la guerra naval, supieron ver el potencial de los barcos atlánticos —cocas castellanas, principalmente— y fueron pioneros en su uso en combate en aguas mediterráneas. Una vez más, la capacidad de integrar tradiciones de construcción naval tan diversas como la mediterránea y la atlántica ofreció una considerable ventaja a las fuerzas catalanoaragonesas frente a sus competidores, tanto de la dinastía francoangevina como de los comunes italianos.

No obstante, conviene subrayar que todas estas capacidades, que podían verse por separado en muchos otros reinos o ciudades-Estado en el Mediterráneo, no hubiesen servido para explicar la expansión mediterránea de la Corona de Aragón. Tal expansión solo la explica la conjunción de todas ellas y, ante todo, su integración en un sistema coherente —siempre, obviamente, dentro de las limitaciones de una monarquía feudal— merced a los monarcas y a los oficiales de su entorno inmediato. Al igual que sus homólogos ingleses, los reyes de Aragón, dotados de un patrimonio modesto y capaces de movilizar fuerzas relativamente pequeñas, combinaban las tropas pesadas feudales con otras más ligeras procedentes de una frontera colindante con una sociedad no feudal. Igualmente, integraban los esfuerzos de mando y control de sus fuerzas en una red de hombres de confianza, imprescindible para asegurarse un mínimo potencial militar y compensar sus desventajas cuantitativas.

### **Objetivos estratégicos: rentas, impuestos y rutas de navegación**

Llegados a este punto, y una vez considerada la posición de los reyes de Aragón en su entorno inmediato, conviene empezar a explicar los motivos de su expansión territorial en el Mediterráneo. Como ya se ha indicado, el crecimiento de los negocios y la navegación de los mercaderes catalanes hacia el Mediterráneo central y oriental —fuertemente multiplicado desde el litoral

valenciano y el fundamental punto de distribución de Mallorca— fue un proceso paralelo y sinérgico con las conquistas de la Corona, pero no necesariamente el motor de estas ni su motivo último. La teoría de la «ruta de las islas», que consideraba la expansión catalanoaragonesa sinónimo del control de la ruta directa desde Barcelona hasta Alejandría y Constantinopla (vía Mallorca, Cerdeña y Sicilia), ha sido, en los últimos años, seriamente matizada en su misma raíz.

Un linaje regio tan escaso de recursos patrimoniales y rentas, tan obligado a negociar la obtención de subsidios con las élites de sus reinos, tenía siempre la tendencia natural a conquistar nuevos espacios donde poder distribuir el poder y la riqueza mediante nuevas reglas, lejos del control de Cortes y Parla-mentos. Igualmente, debemos pensar en la Corona de Aragón como una sociedad feudal, en la que las élites no solían ser propietarias de los territorios, sino que se repartían su gobierno en multitud de señorías, en cada una de las cuales el poder político era patrimonio de los linajes, susceptible de ser heredado, vendido o permutado. De este modo, la expansión de la Corona puede entenderse, en gran medida, como el proyecto de un linaje —a mayor escala, ya que se trataba de reyes, y no de nobles menores—, orientado a expandir su patrimonio mediante nuevas percepciones en forma de fiscalidad y rentas.

En este proyecto, los nuevos reinos e instituciones creadas para su gobierno eran en gran medida, para los reyes de Aragón, oportunidades de obtener recursos estratégicos susceptibles de ser arrendados y generar rentas en moneda, trigo, plata, sal e impuestos sin negociar con las élites.

Sin embargo, una lectura básica de la cartografía, de los vientos y de las corrientes del Mediterráneo lleva a una deducción básica: la expansión mediterránea de la corona aragonesa se llevó a cabo siguiendo el principal eje de navegación oeste-este. Donde tradicionalmente se había visto un intento de asegurar esas rutas al comercio catalán, convirtiéndolo incluso en monopolio dominante, habría que pensar, según lo indicado más arriba, en el papel que estas podrían tener en la búsqueda de nuevas rentas por parte del linaje regio. La tecnología y los sistemas administrativos de la época no eran apropiados para los monopolios cerrados, muy difíciles de asegurar y de escaso provecho para poderes políticos —el monarca en este caso— que no eran directamente mercaderes, sino que gobernaban y gravaban a estos. Por ello, podría decirse que el control de las rutas de navegación del Mediterráneo central hacia Oriente no buscaba la exclusión de los extranjeros (castellanos, genoveses, etc.), sino su inclusión a cambio de un precio, político o en forma de contribución fiscal, que debía gestionarse, sin intermediarios, por parte de la tesorería real.

## **Organización de las operaciones navales**

Debido a su estructura feudal, la Corona de Aragón, como casi todas las entidades políticas de su tiempo, carecía de fuerzas armadas permanentes.

Cada campaña se organizaba según las necesidades y posibilidades del momento, y las fuerzas empleadas en ella se disolvían al concluir las operaciones, que podían llevarse a cabo por cuenta del rey o por parte de señoríos y municipios, dotados de cierta capacidad militar. Debido a esta estructura de fuerzas no permanentes, las operaciones militares dentro de la cronología que nos ocupa solo implicaban la movilización de grandes cantidades de medios y efectivos en momentos puntuales de gran actividad bélica y en zonas de conflicto muy localizadas. Por el contrario, las pequeñas operaciones de corso, defensa local y desgaste económico de la navegación enemiga podían extender un conflicto, bajo en intensidad pero constante, a lo largo de todo el Mediterráneo y durante décadas. La pugna secular de la Corona de Aragón con Génova es un claro ejemplo de lo señalado, dado que pocas veces se dirimió con grandes combates entre escuadras numerosas pero, entre 1323 y las décadas centrales del cuatrocientos, condujo a innumerables combates, tomas de posición en puertos y rutas estratégicos y ataques de corsarios.

Por todo ello, la operación naval más habitual en el Mediterráneo medieval era el corso, que permitía a los poderes públicos cobrar su parte mientras un particular financiaba la expedición y entregaba al rey un quinto del botín a cambio de la patente real. En estas operaciones se usaban pocos barcos, ligeros y maniobrables, como galeras sutiles, leños o incluso barcas. Dado que estos bajeles también podían cargar mercancías, su presencia como mercantes y, al mismo tiempo, corsarios era constante en todo el Mediterráneo, debido al bajo coste de su armamento, a su autosuficiencia logística y a la atractiva opción de beneficio económico durante la singladura.

Cuando el rey, una ciudad o un noble necesitaban ejecutar operaciones de mayor alcance y duración armaban una flota —nombrada en la documentación como *estol* o armada— que, al contar con más de un bajel, quedaba bajo el mando de un *capità*, patrón de uno de los barcos y a quien designaba el poder que patrocinaba la expedición. Las flotas más comunes solían armarse con el fin de proteger una zona costera amenazada u hostigar el tráfico enemigo en un punto de paso de alguna ruta importante. Estas agrupaciones solían formarse con pocos efectivos —no más de diez galeras y algunos barcos ligeros auxiliares— y, al tener una base cercana al área de operaciones, resultaban relativamente fáciles de abastecer y óptimas para operar rápidamente, sin complicación logística más allá de la constante necesidad de hacer aguada propia de las galeras.

Sin embargo, este mismo esquema podía usarse, en períodos de mayor intensidad bélica, para fletar armadas más numerosas que servían al rey de Aragón en cualquier punto del Mediterráneo, armadas por lo general al mando de un capitán general, del almirante o del propio monarca o su lugarteniente. Estas escuadras acostumbraban formarse con algo más de veinte galeras, pero durante las grandes campañas mediterráneas contra Génova se alcanzaron cifras de más de cuarenta, apoyadas por diversas unidades auxiliares. Dichas armadas podían realizar severas expediciones de castigo en costas enemigas —como la expedición a Oriente de 1351— o defender los territorios propios

frente a operaciones semejantes de potencias enemigas, como en el caso de la cruzada francesa contra Cataluña en 1285. Cuando se trataba de grandes operaciones de conquista o consolidación de un territorio hostil —por ejemplo, las armadas a Cerdeña de 1323, 1353 y 1354—, se les exigía además apoyar a una nutrida fuerza terrestre, supuesto en el que ejercían, claro está, funciones de escolta a su propia línea de abastecimiento desde los reinos continentales de la Corona, con frecuencia organizada mediante la confiscación de mercantes.

Las galeras seguían siendo la espina dorsal de estas armadas; pero, por los motivos indicados, era habitual que se apoyaran en otros barcos, como mercantes de aparejo redondo —vitales en funciones logísticas, pero también, a lo largo del trescientos, con una creciente implicación en el combate— o unidades ligeras de remos, usadas para labores de reconocimiento y comunicación.

Debido a las limitaciones cuantitativas y financieras de la Corona de Aragón en su proyección militar fuera de la Península, la guerra de desgaste, los largos años de corso, cabalgadas y desgaste económico previos a un asedio y a una constante expansión territorial —base de las conquistas contra el Islam andalusí— no iban a poder aplicarse directamente en el Mediterráneo. En este ámbito, sus campañas militares debieron conducirse de otro modo, adaptándose a las posibilidades reales de sus reinos, explotando sus ventajas cualitativas y asumiendo riesgos que equilibrasen su precariedad de recursos materiales.

De este manera, la movilización de grandes contingentes, incluso de pequeñas fuerzas expedicionarias, quedaba a expensas del dinero disponible, arrancado a las Cortes, Parlamentos y élites de cada reino en dura negociación y con éxito variable según el momento. Además, conviene recordar que los contingentes de los reyes de Aragón, como la mayoría de las fuerzas de la época, no tuvieron un sistema centralizado de intendencia y reparto de raciones, incompatible con la fragmentada estructura de mando de una monarquía feudal. Los oficiales regios debían limitarse a asegurar la disponibilidad de vituallas en los mercados que, en toda hueste, se formaban para que tropa y marinería comprasen con su sueldo. De este modo, en campañas prolongadas, la escasez y encarecimiento de los alimentos y el agotamiento de los salarios de la tropa podían dejar a las fuerzas catalanoaragonesas completamente incapacitadas.

Por todo ello, las operaciones y su planificación hubieron de ser flexibles y versátiles, adaptadas a la situación local de cada zona geográfica (Sicilia, Cerdeña, Grecia...) y siempre tendentes a buscar resultados rápidos y, si era posible, a apoyar su sustento material en los aliados locales. La presencia o ausencia de estos es lo que marcaba, fundamentalmente, los ritmos y la duración de las campañas, así como los riesgos y el nivel de agresividad operacional y táctica que iba a ser necesario asumir. Así pues, las operaciones de la expansión mediterránea pueden dividirse en dos tipos básicos, en función de la presencia o ausencia de apoyo local en lo referente a tropas y, ante todo, a recursos financieros y logísticos.

Una vez enumerados los posibles tipos de operaciones navales y las causas y estructuras sociopolíticas subyacentes a la expansión mediterránea de la Corona de Aragón, podemos ejemplificar sus capacidades y carencias a partir de algunas campañas representativas —en cuyos detalles no profundizaré aquí, remitiendo a la bibliografía que se ocupa de las mismas— tanto de las máximas capacidades de las fuerzas catalanoaragonesas como de sus debilidades estructurales.

### **Un escenario óptimo: la guerra de la Vísperas Sicilianas (1282-1289)**

La presencia de aliados era relativamente habitual en las campañas catalanoaragonesas *dellà mar*, en las que los poderes locales no conformaban siempre un enemigo unido y, por lo tanto, era dable la negociación con algunas de las facciones enfrentadas para que sostuvieran a las fuerzas de la Corona. Las capacidades diplomáticas y la política matrimonial del linaje de los reyes de Aragón abrieron, en muchas ocasiones, la primera puerta a sus conquistas militares.

Cuando los apoyos locales en el aspecto logístico se unían a la movilización organizada en los reinos metropolitanos de la Corona de Aragón, la monarquía podía mantener sus fuerzas operando durante períodos considerablemente largos —en ocasiones de varios años— y usarlas en todo tipo de operaciones desde bases aliadas muy próximas al enemigo. Las constantes cabalgadas y los lentos asedios eran factibles, y las flotas podían mantenerse meses en activo. Fuerzas de tierra y flotas podían incluso hibernar y continuar operando durante la primavera siguiente, lo que permitía a los reyes de Aragón ejercer una duradera presión sobre sus enemigos, reduciendo su dependencia de los recursos de los reinos metropolitanos.

En este tipo de operaciones, los oficiales regios solían contar con contingentes de un tamaño mediano —siempre dentro de los estándares de la Corona de Aragón—: entre quinientos y novecientos hombres a caballo, cerca de 4.000 peones y alrededor de una veintena de galeras. Esto, sin embargo, se compensaba con la calidad del núcleo principal de las tropas y dotaciones navales, profesionales escogidos y bien cohesionados (almogávares, hombres de la frontera, compañías de hombres de la casa del rey), cuya integración y coordinación mejoraban con los períodos largos de servicio, al mando de hombres de probada experiencia. Con su número relativamente reducido y el apoyo logístico de los aliados locales, los costes de transporte y abastecimiento se mantenían en niveles aceptables y la armada conservaba una considerable capacidad de combate, sin necesidad de destinar muchas unidades a escoltar sus transportes.

Estas campañas se caracterizaron por golpes de mano ejecutados por sorpresa, arriesgadas incursiones de saqueo en territorio enemigo, y cierta tendencia a provocar y aceptar batallas en inferioridad, aprovechando la ventaja cualitativa de fuerzas relativamente reducidas pero veteranas y cohe-

sionadas, como hicieron frecuentemente las flotas catalanas. Igualmente, los barcos de estas armadas trasladaban destacamentos de tropas o desembarcaban para combatir a una marinería fuertemente equipada con las reservas de armamento a bordo, lo que proporcionaba un alto grado de flexibilidad operativa en áreas costeras.

La Compañía Catalana de Oriente, la conquista de Cerdeña (1323) o la armada que dirigió Bernat de Cabrera contra Alguer, los Doria y la escuadra genovesa en 1353 son buenos ejemplos de este tipo de contingentes, pero ninguno puede considerarse tan representativo como las sucesivas operaciones que tuvieron lugar durante la guerra de las Vísperas, operaciones que condujeron a la conquista de Sicilia por Pedro el Grande (1282) y a la exitosa defensa de Cataluña contra la cruzada francesa de 1285.

Tras la caída de la dinastía suaba de los Hohenstaufen, y luego de casi veinte años de dominio de la casa de Anjou, los sicilianos se alzaron en armas y abrieron el camino al desembarco de Pedro el Grande, casado con Constanza, heredera de dicho linaje de Suabia. El monarca desembarcó en Trápani al mando de un contingente relativamente reducido, pero que encuadraba abundantes tropas veteranas, como los famosos almogávares. Estableciendo su base de operaciones en Mesina, las fuerzas regias lanzaron numerosas expediciones de castigo por Calabria y Apulia, tomaron Reggio y Malta y, al mando del almirante Roger de Llúria, obtuvieron espectaculares victorias navales en Nicótena (1282), Malta (1283) y el golfo de Nápoles (1284 y 1287). Cuando, en 1285, Felipe de Francia y la Santa Sede apoyaron a sus aliados Anjou de Nápoles organizando una cruzada contra Cataluña, la movilidad y excelencia de las flotas catalanas y sicilianas y de las mencionadas tropas veteranas convirtieron la invasión francesa en una desastrosa derrota tras la batalla naval de las islas Hormigas. Después de unos años de menor intensidad militar, se llegó a una tregua en 1289 que condujo a la consolidación del *Regnum Trinaclic* —es decir, la isla de Sicilia, en contraposición al *Regnum Siciliae*, que comprendía también el sur de Italia—. La fase principal de guerra de las Vísperas Sicilianas (1282-1289) fue un claro ejemplo de las ventajas cualitativas de las fuerzas navales del rey de Aragón y de las capacidades técnicas y organizativas de sus flotas y ejércitos en un escenario operativo óptimo, como nos dejó dicho el cronista Bernat Desclot:

«Cuando las galeras del rey de Aragón hubieron derrotado y apresado las galeras del rey Carlos (...) se reabastecieron de nuevo de gentes y de provisiones, y después partieron de Messina y costearon Calabria y el Principado de Salerno y tomaron villas y castillos, todos cuantos encontraron junto al mar...» (1).

---

(1) *Crónica*, cap. CXVI.

## Una gran expedición de «conquista»: la armada de Pedro el Ceremonioso a Cerdeña (1354)

El sistema operativo mencionado, sin embargo, no siempre se pudo llevar a efecto. En ocasiones, debido a la ausencia de apoyos locales o al conflicto abierto con ellos, las fuerzas de los reyes de Aragón se veían obligadas a operar *dellà mar* sin apenas apoyo logístico local. En este caso debían abastecerse del tren de suministros que llevaban consigo en el viaje y de las vituallas que podían llegar por la línea marítima, organizada por los oficiales regios, procedente de los reinos metropolitanos. En muchos casos, este sistema se aplicaba a pequeños contingentes, destinados a breves operaciones de castigo o a reforzar guarniciones catalanoaragonesas en situación delicada. Sin embargo, en ocasiones —principalmente en el contexto del reino de Cerdeña— era necesario organizar una gran expedición. Esta casuística daba una dimensión completamente nueva a la campaña, que debía planificarse en consecuencia.

Este tipo de expediciones entrañaba, en todos los aspectos, un esfuerzo extraordinario por parte de la monarquía. La carencia de apoyo logístico exigía una gran infraestructura de transporte para alimentar a la armada, lo que obligaba a desviar —previo pago de sus fletes, pero también bajo confiscación— numerosos barcos comerciales, incrementando exponencialmente el coste de la campaña y obligando a destinar recursos a la escolta de estos barcos.

Las operaciones catalanoaragonesas en territorio completamente hostil y sin apoyos locales quedaban enormemente limitadas en el tiempo y el espacio. El coste de la infraestructura de transporte reducía drásticamente la liquidez para pagar a la tropa, ante todo cuando esta era lo bastante numerosa para paliar la falta de apoyo local. Estos contingentes dependían enormemente de las vituallas llegadas por mar, pero el flujo de estas acusaba tanto las dificultades de navegar en los meses de invierno como su creciente escasez al alejarse de las fechas de la cosecha. De este modo, los recursos disponibles para las armadas regias que debían valerse por sí mismas operando en ultramar limitaban su plena operatividad a unos cuatro meses, por lo común los de verano. La dependencia de estas armadas de sus suministros procedentes del mar las encadenaba a la costa y multiplicaba las capacidades defensivas de sus enemigos a medida que sus territorios se alejaban del litoral.

Este escenario obligaba a sus mandos a buscar objetivos a corto plazo, incapaces de pagar a la tropa y abastecerse en territorio hostil durante el tiempo necesario para operaciones más laboriosas y lentas. De este modo, la falta de recursos y la necesidad de lograr resultados inmediatos obligaron a las fuerzas del rey de Aragón a asumir demasiados riesgos y, en ocasiones, a pagar muy caro por ello. Las derrotas de Pedro Martínez de Luna ante los muros de Oristano (1368) o del gobernador Guillem de Cervelló ante los Doria en Aidu du Turdu (1347) son una clara muestra de ello.

De este modo, algunas de las principales campañas de conquista de la historia militar de la Corona de Aragón fueron imponentes despliegues de

medios, pero ocultaban tanto una situación complicada en el aspecto político y logístico como el origen del futuro agotamiento financiero de la monarquía al final del reinado del Ceremonioso.

Ninguna de las campañas militares de la casa de Aragón en su expansión mediterránea ejemplifica esta casuística mejor que la armada que Pedro el Ceremonioso dirigió a Cerdeña, contra los barones Doria y el juez de Arborea, en 1354. Después de tres décadas de constantes conflictos con los rebeldes Doria, apoyados por Génova, las fuerzas regias, apoyadas por el juez Mariano IV de Arborea, parecían haber conseguido una victoria crucial en 1353, cuando este se alzó también en armas contra el rey.

Tras la pérdida de su principal aliado local, de buena parte de los territorios alrededor de Cagliari y Sassari —principales plazas de la isla— y de la recién coquistada Alguer, Pedro el Ceremonioso organizó una potente armada para reconquistar los territorios perdidos y consolidar definitivamente su posición en la isla. Dado que los rebeldes controlaban las áreas de producción agrícola y las comunicaciones sardas, la expedición regia se planificó para tomar Alguer, principal puerto fortificado del noroeste de la isla, y progresar desde allí hacia el sur para tomar Oristano, capital del judicato de Arborea. Este movimiento era imprescindible para apropiarse de los suministros necesarios sobre el terreno, ya que la mayor parte del territorio era hostil a las fuerzas catalanoaragonesas y no iba a alimentarlas si estas no lo dominaban por completo.

Esta expedición, la mayor jamás organizada hasta entonces por la casa de Aragón, constaba de 10.000 hombres de a pie, 1.000 de caballería pesada (*cavalls armats*) y 500 jinetes ligeros, a los que hay que añadir la caballería adicional, que sumaba varios hombres y monturas en cada *cavall armat* (hasta 2.500 monturas y 3.500 personas). La flota comprendía 45 galeras, 20 barcos redondos y otros auxiliares pero, ante la falta de aliados locales, las fuerzas regias hubieron de llevar consigo muchas provisiones y, además, transportar al mencionado ejército. Por ello, pese a contar con innumerables embarcaciones de todo tipo, confiscadas en todas las costas de la Corona de Aragón, la armada solo disponía de unos pocos meses de capacidad operativa antes de agotar las provisiones que traía consigo. Al agotarse estas, iba a tener que abastecerse desde los pocos territorios leales en Cerdeña y, por mar, desde los reinos peninsulares, mientras empeoraban las condiciones climáticas. Los salarios del numeroso contingente embarcado imponían una limitación temporal similar, ya que los donativos de Cortes, particulares y villas no alcanzaban más que para pagarles unos meses de soldada. Por todo ello, la campaña solo podía tener éxito asaltando Alguer en pocos días y tratando de obtener una victoria decisiva antes del invierno de 1354.

Como ya he estudiado en otros trabajos, que pueden verse en la bibliografía complementaria, los barones Doria y Mariano de Arborea reforzaron la defensa de Alguer, que resistió durante más de cuatro meses convirtiendo los intentos de asalto en un laborioso asedio, y estorbaron constantemente las comunicaciones de las fuerzas del Ceremonioso con los territorios regios de

Cerdeña. Mientras tanto, la flota genovesa también rehuyó la batalla y concentró sus esfuerzos contra los barcos que, desde los reinos cismarinos de la Corona, intentaban abastecer a las fuerzas que sitiaban Alguer. Tras meses de desgaste, el rey de Aragón consiguió pactar la rendición de la ciudad, pero hubo de renunciar a la mayoría de los objetivos estratégicos de la campaña, con sus fuerzas severamente castigadas por la escasez de suministros, las enfermedades y las deserciones.

Si los éxitos de la guerra de las Vísperas en Sicilia o de las compañías de almogávares en el Mediterráneo fueron ejemplo de las mejores cualidades técnicas y de mando de las gentes de armas de la casa de Aragón, su dificultad para resolver los conflictos del trescientos contra Castilla y las distintas compañías mercenarias francesas, así como, sobre todo, sus terribles dificultades para consolidar su posición en Cerdeña, son una muestra del techo de las capacidades materiales que la Corona de Aragón podía destinar a la guerra.

## **Conclusiones**

Tras esbozar las líneas básicas de la política militar de los reyes de Aragón en su expansión marítima, la observación detallada de su planificación estratégica y del funcionamiento de las operaciones deja entrever, a la espera de ulteriores estudios, la situación que ocupaba la Corona de Aragón en el ajedrez de las grandes potencias del Mediterráneo medieval.

Una vez más, la precaria posición patrimonial y financiera del linaje regio, principal impulsor de la expansión territorial fuera de la Península, fue a la vez una de las causas principales de la expansión territorial de su señoría y su principal limitación. Comparando la Corona de Aragón con Francia, Castilla, el eje francoangevino o las repúblicas marítimas italianas, se alcanza la conclusión de que el constante conflicto por el dominio del Mediterráneo central y sus rutas hacia Oriente supuso un desafío realmente exigente para los descendientes de Jaime el Conquistador.

No obstante, y acaso haciendo de la necesidad virtud, los reyes de Aragón, sus oficiales, mandos y súbditos optimizaron al máximo sus recursos materiales en su proyección estratégica. Si las armadas y ejércitos de la casa de Aragón lograron ejercer un papel determinante en la configuración política del Mediterráneo bajomedieval, fue gracias a unas fuerzas relativamente reducidas, pero dotadas de un alto número de veteranos capaces, mandadas por hombres cortados y bien coordinados mediante las redes clientelares de la monarquía.

Agradeciendo de nuevo la invitación de este Instituto y la amable disposición de su personal, esperamos que, con este breve esbozo de contextualización cronológica y definición de procesos históricos, se pueda dar a conocer mejor, tanto al gran público como a los especialistas, los rasgos básicos de la expansión de la Corona de Aragón, su papel determinante en la historia militar y política del Mediterráneo medieval y el extraordinario potencial de su

ingente patrimonio documental en los futuros estudios de nuestra historia militar y naval.

### **Bibliografía**

- FERRER I MALLOL, M.<sup>a</sup> Teresa: «La organización militar en Cataluña en la Edad Media», en LADERO QUESADA, M.Á. (coord.): *Conquistar y defender. Los recursos militares en la Edad Media hispánica*, núm. extraordinario de la *Revista de Historia Militar*, 2001, pp. 119-222.
- GARCÍA SANZ, A.: *Història de la marina catalana*. Aedos, Barcelona, 1977.
- HERNÁNDEZ CARDONA, F.X.: *Història militar de Catalunya*, 4 vols. Rafael Dalmau, Barcelona, 2001.
- ORSI LÁZARO, M.: «La marina catalanoaragonesa», en *Desperta Ferro. Antigua y Medieval*, núm. 5, mayo-diciembre 2011, pp. 60-65.
- SAIZ SERRANO, J.: «La organización militar en la expansión mediterránea de la Corona de Aragón», en NARBONA VIZCAÍNO, R. (dir.): *La Mediterrània de la Corona d'Aragó, segles XIII-XVI & VII centenari de la sentència arbitral de Torrellas, 1304-2004. XVIII Congrés d'Història de la Corona d'Aragó*, vol. I. Universitat de València-Fundació Jaume II el Just, València, 2004, pp. 737-764.
- SESMA MUÑOZ, J.Á.: «Guerra, ejército y sociedad en los reinos de Aragón y Navarra en la Edad Media», en *Revista de Historia Militar*, núm. extraordinario, 2002, pp. 13-48.
- VV.AA.: *La Corona de Aragón en el Mediterráneo*. Revista *Desperta Ferro. Antigua y Medieval*, núm. 22, marzo-abril 2014.